

## **DOSSIER**

# **REYES A PIE DE CALLE. SIMBOLISMO Y ESPACIO PÚBLICO EN EUROPA MERIDIONAL (SIGLOS XIX Y XX)**

### **Presentación**

Rafael Fernández Sirvent  
Universidad de Alicante

Sergio Sánchez Collantes  
Universidad de Burgos

### **I. PRESENTACIÓN**

El dossier monográfico que aquí se presenta recoge las últimas aportaciones de un equipo de investigación compuesto por especialistas de diversas universidades de España, Italia y Portugal. Todos los trabajos, salvo uno, se inscriben en el marco del proyecto de investigación del Plan Nacional español I+D+I “Las monarquías en Europa meridional (siglos XIX y XX). Culturas y prácticas de la realeza” (HAR2016-75954-P). La excepción es el último artículo, que forma parte de otro proyecto de investigación, también del Plan Nacional español: “Diccionario de símbolos políticos y sociales: claves iconográficas, lugares de memoria e hitos simbólicos en el imaginario español del siglo XX” (HAR2016-77416-P). Asimismo, algunas de las ideas que se desarrollan en varios de los artículos fueron objeto de debate en el Convegno internazionale “Le monarchie dell’Europa meridionale e le sfide della modernità”, que tuvo lugar en Nápoles entre el 15 y el 17 de noviembre de 2018.

Ante el nuevo escenario que se abrió en Europa con las grandes revoluciones y la consolidación de los sistemas políticos liberales y los Estados nacionales, la monarquía —y más en concreto los/las titulares de la Corona—, lejos de desaparecer, en muchos casos se convirtió en un referente simbólico de la nación y, por ende, en un aglutinante social de primerísimo orden en los procesos de construcción de los Estados liberales y de creación de las identidades nacionales.

En la necesidad de reformularse y dotarse de una nueva legitimidad, distinta de la tradicional del Antiguo Régimen, las monarquías posrevolucionarias tuvieron que recurrir a muy diversos mecanismos y estrategias —unos viejos, otros novedosos— que les permitiera estar más presentes que nunca ante sus súbditos en cada uno de los rincones de los amplios territorios sobre los que reinaban. La simbología monárquica y las políticas de memoria fueron reimpulsadas en esta época, desde las representaciones a través de las artes plásticas (pintura, escultura, monumentos conmemorativos...) hasta la toponimia del nomenclátor callejero. Por no hablar de las visitas reales, que han sido objeto de unos cuantos trabajos en los últimos años, o los grabados y, más tarde, fotografías circulados a través de la prensa ilustrada.

Como es lógico, las culturas monárquicas y su universo simbólico entraron en liza con las emergentes culturas republicanas, incluso con otras formulaciones de la propia monarquía, y todo ello tuvo un desarrollo muy notable en los espacios públicos, donde se libró una verdadera lucha entre acervos simbólicos que, de imponerse, aparte de reforzar su legitimidad, no dejaban de tener sus consecuencias en el imaginario popular y en la reputación de las propias aspiraciones políticas que subyacían en ellos. Por medio de las representaciones, de los lugares de memoria y de los símbolos *lato sensu*, las culturas monárquicas —y por oposición las republicanas— trataron de afianzar y hacer hegemónica entre la población su propia idea de España y de la nación española en el pasado, el presente y el futuro.

En el primero de los artículos que componen este dossier, titulado “El rey ante sus súbditos. Presencia de Fernando VII en el espacio público”, Emilio La Parra López (Universidad de Alicante) aborda el significado político de los monumentos que se proyectaron en el espacio público urbano de las ciudades de la monarquía hispana con el fin de perpetuar la memoria del monarca absoluto —y de la monarquía despótica que encarnó— ante todos sus súbditos, sin excepción de clases. Como señala el autor, Fernando VII fue un monarca singular, con una vida y unos rasgos de su reinado muy contradictorios: fue un rey tiránico y a la vez un rey moderno, que entendió que, en los nuevos tiempos revolucionarios y de politización de la sociedad, para proyectar su imagen en todos los rincones de su extensa monarquía —que, además, iría decreciendo de forma progresiva a lo largo de su reinado con las importantes pérdidas territoriales en América— era necesario utilizar canales y mecanismos nuevos o tradicionales, como las artes plásticas, pero adaptados al nuevo tiempo. Todas las esculturas de este monarca se concibieron durante su vida, y tras su muerte solo se erigieron dos en la isla de Cuba. Cuando el rey falleció en 1833, la mayoría de estas estatuas levantadas en la España peninsular fueron objeto de ataques iconoclastas, salvo tres que, a día de hoy, aún se pueden contemplar en Madrid.

Otras manifestaciones de iconoclasia política se abordan igualmente en el artículo de Sergio Sánchez Collantes (Universidad de Burgos), bajo el título “Iconoclasia antiborbónica en España: el repudio simbólico de Isabel II durante la Revolución de 1868”. Su texto examina la destrucción de los retratos y bustos de esta reina, pero también de otros emblemas de la dinastía, en los primeros días de La Gloriosa. Este trabajo pone de manifiesto hasta qué punto sería reduccionista una interpretación que no vea más allá del simple arrebato vandálico, ya que los brotes iconoclastas cumplieron diversas funciones que no hay que pasar por alto y que no se pueden desconectar del propio significado que se les había dado a todas esas imágenes, cuya destrucción ritualizada venía a simbolizar un destronamiento figurado. Desde luego, hubo una vertiente importante de desahogo popular y de reclamo movilizador con el que las nuevas autoridades buscaron paralelamente su dosis de legitimación; pero tampoco hay que subestimar otras facetas, como la reconducción de la violencia, su utilidad para la adhesión pública al cambio político, su papel facilitador de la confluencia de fuerzas divergentes o el aspecto desacralizador, entre otras cuestiones.

Para comprender bien el alcance de esas luchas simbólicas, a veces lo mejor es recurrir a un estudio de caso, como el que firma Eduardo Higuera Castañeda (Universidad de Castilla-La Mancha), titulado “Radicales contra carlistas: la lucha por el espacio público en Cuenca durante el Sexenio Democrático (1868-1874)”.

Su interés, además, se redobla por llevar el foco al interior agrario del país para incorporar a quienes defendían otras formas de entender la monarquía, que se polarizaron entre la democracia y la reacción. El autor indaga en la politización de los conquenses, con rasgos propios que diferenciaban este supuesto del patrón observado en otras ciudades. Para ello, no se centra en el terreno electoral, sino en otras prácticas sociales, en la sociabilidad formal e informal, o en las estrategias modernas de movilización (bien encarnadas por las manifestaciones esparteristas y radicales). La “fiesta revolucionaria” de 1868, con las singularidades de una población de estas características, es uno de los aspectos tratados que permite la comparación con el artículo precedente, pero aquí se repasan también otras manifestaciones festivas a lo largo de todo el Sexenio y cómo se resignificaron algunas celebraciones tradicionales de origen religioso.

Ninguna de esas dos formas de monarquía terminó cuajando en la España del XIX, porque a la postre lo hizo la vía doctrinaria en la figura del hijo de Isabel II, que centra el estudio de Rafael Fernández Sirvent (Universidad de Alicante). Su texto, “La edificación pública de la monarquía nacional. Contextos, significados y ceremoniales en torno al monumento a la patria española personificada en el rey Alfonso XII (1886-1922)”, ofrece un análisis contextual del origen y del proceso de construcción del conjunto arquitectónico-escultórico erigido a la Patria y a la Monarquía. El Monumento a la patria española personificada en el rey Alfonso XII, ubicado en el emblemático parque del Retiro de Madrid, representa el más claro ejemplo de exaltación nacional de la monarquía restaurada en 1874, tras la experiencia de la Primera República, en un intento de popularización o nacionalización de la monarquía en la época de consolidación de los Estados nacionales. El desastre colonial de 1898 reactivó la construcción de este monumento, proyectado en 1886. Y la coronación de Alfonso XIII, en 1902, favoreció la puesta en escena de esa “monarquía nacional” durante la colocación de la primera piedra del monumento nacional en memoria de su padre Alfonso XII, el Pacificador. Tanto el pretendido simbolismo del monumento como los discursos y ceremoniales que tuvieron lugar a lo largo de su dilatado proceso de construcción dan buena muestra del mensaje que se quería arraigar en el imaginario colectivo: la íntima conexión de la tríada Monarquía-Nación-Patria.

La participación internacional del dossier se concentra en los tres artículos restantes. Renata De Lorenzo (Università di Napoli Federico II), presenta un estudio sobre “España y el Reino de las Dos Sicilias: comunicación y competición de espacios simbólicos durante la Restauración”, que centra su foco de atención en el vínculo dinástico para entender, de forma comparada —en el marco del espacio geopolítico de la llamada *Southern Europe*—, los espacios simbólicos que los Borbones de España y los Borbones del Reino de las Dos Sicilias utilizaron para restaurar el absolutismo después de la caída del imperio napoleónico, en la inmediata posguerra y en los años siguientes, en el complejo marco de las revoluciones liberales que por entonces sacudieron Europa y de los imparable procesos independentistas que se culminaron en la América hispana. Tras el Congreso de Viena y la consiguiente legitimación de los Borbones en sus respectivos tronos europeos, en la rama ibérica y en la del Reino de las Dos Sicilias se dieron procesos de nacionalización con ciertas analogías: “sistemas patrióticos monárquicos” compartidos que conjugaron experiencias político-culturales e institucionales comunes, así como una mezcla de tradición y modernidad.

Por su parte, Teresa Nunes (Universidade Nova de Lisboa) enriquece geográficamente la muestra, que amplía el escenario ibérico con el trabajo “Representações da Monarquia Constitucional no espaço público português (1880-1910)”. Su objetivo es analizar la forma en que se proyectó la imagen del rey luso y sus atribuciones hasta la proclamación de la República, durante tres décadas en las que cambiaron la economía, la sociedad y las formas de encuadramiento político. A ese contexto tenía que adaptarse la institución monárquica, a cuyo frente se sucedieron Luis I, Carlos I —el más joven en la Europa del momento— y Manuel II. La necesidad de reinventarse, de reflexionar sobre su función y afrontar los nuevos desafíos se hizo cada vez más patente. Pero la figura del soberano ocupó un lugar central en los discursos contestatarios de las oposiciones y, a medida que creció su descrédito, lo hizo la opinión republicana, galvanizada ya desde 1880 al calor del Tricentenario Camoniano. La insurrección de Oporto en 1891 —episodio que, como indica la autora, ya revelaba la fragilidad de la Corona portuguesa— condicionó la agenda regia, que incluyó una serie de visitas a poblaciones del norte y trató de cultivar su popularidad en el exterior, mientras dentro del país crecía el rechazo incluso entre sectores monárquicos. Cuando Manuel II accedió al trono en 1908, tras el asesinato de su padre y su hermano, no se podía ocultar la debilidad de su imagen pública.

Finalmente, Marie-Angèle Orobon (Université Sorbonne Nouvelle-Paris 3) y José Luis González Fernández (Universidad Complutense de Madrid), en “Echar a la calle: el destronamiento simbólico de Alfonso XIII”, realizan una aproximación al violento y paródico derribo simbólico de la institución monárquica al proclamarse la Segunda República española, que llevó al rey al exilio. Al igual que sucediera con su abuela Isabel II, a Alfonso XIII se le “echa a la calle”, se ejerció contra el rey una violencia simbólica, y no física, con las consecuencias negativas que eso conllevó a una institución-símbolo como la monarquía. El retrato del rey fue sustituido por una joven matrona alegoría de la República, madre protectora del pueblo español. La Segunda República fue, ante todo, una fábrica de nuevas imágenes y símbolos revolucionarios y republicanos que sustituyeron o resignificaron la anterior simbología monárquica, en un ambiente general festivo y de fraternidad, sobre todo en las primeras semanas del nuevo régimen republicano. La iconoclasia revolucionaria secularizada tuvo por objeto erradicar los signos culturales de un orden político y social derribado, y precisamente por ello tuvo un carácter fundacional, en el sentido de que había de dotarse de otra simbología que reforzase la nueva legitimidad conquistada. De una primera fase de “defenestración” simbólica de la monarquía, se pasó a una segunda de desmonarquización y republicanización de la calle, donde las nuevas autoridades políticas impusieron un callejero repleto de héroes, mártires y santos laicos.